

## LOS SUEÑOS DE FELICIANO

Feliciano lo tenía claro, quería ser actor. El mundo del teatro le llenaba de pasión, de una devoción como nunca había sentido. Ni siquiera en sus enamoramientos, alguno de ellos tan romántico, tan becqueriano, pues el poeta sevillano fue quien más le impresionó en sus años adolescentes, aunque su afición al teatro le llegó casi al mismo tiempo. Aquellos personajes que se movían en el escenario le acercaban a mundos que él soñaba desde que era niño. Los cómicos de la legua, que llegaban al pueblo durante el verano eran su espectáculo favorito. Tan pronto se enteraba del título de las comedias o dramas que iban a poner en escena ya estaba diciendo a sus padres que él no quería perderse aquellas representaciones: *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea*, el *Juan José* de Joaquín Dicenta...

-- El teatro --les dijo un día el maestro-- es el espejo donde se reflejan los problemas de la sociedad; es la vida de los seres humanos contada por ellos mismos". Desde aquel día, Feliciano comenzó a pensar en el teatro como algo fundamental. Quería ser actor o autor de comedias.

De tal modo, que en las largas noches del invierno, cuando sus padres y hermanos ya dormían, pensaba que la vida y el mundo cabían y cobraban sentido en los dramas, en las comedias, en las tragedias de los clásicos griegos y latinos. Aquello era y será siempre, entendía Feliciano, el gran teatro del mundo. Desde Téspis a cualquiera de los autores de los últimos siglos. En la biblioteca pública del pueblo había leído a Esquilo, a Eurípides, a Sófocles... Dar vida sobre las tablas de un escenario a personajes de *Las troyanas*" y de tantas otras obras geniales suponía dar pleno sentido a la historia, a la complejidad de los seres humanos. No le importaba, si algún día llegase la ocasión, formar parte de algún grupo de cómicos, de viajar por los pueblos y aldeas de España. Estaba dispuesto a sufrir fatigas y privaciones por ver cumplidas sus ilusiones. Había leído el impacto popular que produjeron las misiones pedagógicas

llevadas a cabo por Federico García Lorca en los años de la República, en las que el teatro era fundamental.

Lo que sucede es que en el pueblo no existía lo que se dice un ambiente teatral. Era un pueblo de unos cinco mil habitantes, casi todos ellos dedicados a la agricultura y al pastoreo. Afición al teatro sí que había, pero no hasta el punto que la sentía Feliciano. Se percibía cuando llegaba alguna compañía y representaba una o varias comedias, la gente acudía con gusto y curiosidad, sobre todo si en el cartel figuraban actores y actrices tan conocidos como Rafael Rivelles o Mercedes Prendes y las comedias pertenecían a Alejandro Casona o Antonio Buero Vallejo, por ejemplo. Existía mucha más afición al teatro que al cine. Se decía que el cine apenas era una parodia de la realidad, sobre todo aquel cine de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, todavía carente de los medios técnicos que llegaría a tener en las décadas siguientes, cuando llegó el cinematógrafo y otros adelantos maravillosos. Películas como *Lo que el viento se llevó*, *Dr. Zhivago* y otras por el estilo mostraron el poder arrollador de la cinematografía

Feliciano estaba a punto de cumplir los dieciocho años y sus padres le apuraban para que fuera pensando en alguna carrera, en cualquier profesión digna con la que ganarse la vida. Conseguir una licenciatura en Derecho y después convertirse en un abogado de prestigio era el sueño de toda la familia, pero el chico no estaba dispuesto a dejar su vocación teatral, de entrar de lleno en el cumplimiento de sus sueños. Es un fenómeno que suele presentarse en la juventud y que sólo ellos, los jóvenes, pueden resolver. Cada vez que leía entrevistas con los actores que habían ganado premios o conseguido éxitos en Madrid crecía su vocación. Alfredo Mayo era uno de sus ídolos. Sobre todo porque él sabía que estaba dotado para triunfar en el arte de Talía; y cuando había teatro en el pueblo procuraba saludar a cualquier actor o actriz de la compañía y manifestarle sus proyectos, aunque pocas veces lograba conseguirlo. Esto era lo que menos le gustaba de los cómicos, que se volvían engreídos cuando se hacían famosos y no se acordaban de los demás.

Hasta que un año, con motivo de la feria, se cumpliría uno de sus deseos: conocer personalmente a un actor que admiraba, a Carlos Lemos, quien luego sería un buen amigo y consejero. Nunca olvidó Feliciano este encuentro. Se había representado

aquella noche *El avaro*, de Molière y el actor manchego, nacido en Ciudad Real, había conseguido un gran éxito y estaba de buen humor, por lo que no sólo accedió a aceptar su felicitación, sino que le pareció bien compartir con él unos minutos de conversación, sobre todo cuando conoció su pasión por el teatro; porque Carlos Lemos era un romántico, un cómico de la escuela de Ricardo Calvo o de Manuel Dicenta. Y se fueron a tomar unas copas al casino del pueblo, que estaba cerca del teatro. Y aquellos pocos minutos se convirtieron en más de media hora, una media hora que Feliciano nunca olvidaría.

--Bueno, joven, hábleme de su vocación, de lo que usted conoce de mi vida profesional. Supongo que ya le habrán dicho que ser actor es una de las aventuras más duras que uno puede acometer, pues no hay triunfos definitivos, sino esfuerzo continuado, conocimiento y sentido de la responsabilidad. En realidad, como sucede en todo lo relacionado con el arte y la literatura.

Feliciano escuchó con la mayor atención las palabras del maestro. El joven había leído mucho sobre los orígenes y la dimensión del teatro, pero nunca había tenido tan cerca un ejemplo tan clarificador. El género, que nació en el contexto religioso de los cantos corales en honor de Dionisos, lo cual de alguna manera testimonia la fama de gentes bohemias que en tiempos pasados se dio a los cómicos, desarticulaban bastante los conceptos y teorías de Feliciano. Pero eso era hace muchos años. Por supuesto que él sabía que el mundo y el teatro habían cambiado, que la evolución había sido enorme, como todo en la vida, por lo que era necesario acomodarse a la realidad, lo cual coincidía con las palabras de Carlos Lemos. Aunque para levantarle un poco el ánimo le recordó que a partir del siglo XVIII la dignificación del actor había sido muy importante en todos los sentidos, que la profesión de actor era tan respetable como cualquier otra.

Feliciano entendió que después de aquella entrevista las cosas habían quedado mucho más claras. No hallaba otro camino que trasladarse a Madrid y matricularse en la Escuela Superior de Teatro, para lo cual debía contar con sus padres, sobre todo para sufragar los gastos, y eso podría resultar problemático. Porque a los padres de Feliciano, gente de clase media, no les importaba hacer ese u otro esfuerzo económico, pero para otra clase de carrera. Para ellos, el oficio de actor no sólo era arriesgado, sino a la vez

incierto. La historia estaba llena de casos deprimentes, de vidas ruinosas, por lo que difícilmente accederían a la solicitud del hijo.

-- "Hasta ahí podíamos llegar; eso que se te quite de la cabeza; gastar nuestro dinero para ayudar a tu propio fracaso personal. Bien está que te guste el teatro, también a nosotros nos gusta, pero nunca para hacer de eso una profesión. Otra cosa es que fueses hijo de artistas famosos o que nosotros tuviésemos una fortuna. Entonces puede que lo entendiésemos de otra manera.

El mundo se le vino encima a Feliciano, aunque ya lo esperaba. Estuvo varios días sin saber qué camino tomar. Comprendía la opinión de sus progenitores, labradores acomodados, partidarios de la política conservadora y religiosos por tradición familiar, como la mayor parte de las gentes del pueblo. Ellos no habían hecho ninguna clase de estudios académicos, únicamente la enseñanza primaria, por lo que desconocían la apertura de los nuevos tiempos. Existía una gran distancia mental entre los padres y el hijo. En el bachillerato, los profesores habían explicado a Feliciano la historia de la literatura universal, la transcendencia de los clásicos, del Renacimiento y de la Ilustración, la apertura sociológica de los pensadores y artistas de la modernidad: Albert Camus, Federico Nietzsche, Jean-Paul Sartre, Pablo Ruiz Picasso...

-- Si mis padres --solía comentar Feliciano-- hubiesen tenido la oportunidad de leer a autores como Soren Kierkegaard o Edgar Morin, tal vez pensarían de otra manera. Morin decía que "hemos de apostar siempre por lo imposible", o sea, por lo difícil, para superarnos a nosotros mismos, para que crecieran las capacidades humanas.

El joven entendió que era llegado el momento de decidir, de emprender el camino de su vocación, y preparó su viaje a Madrid, pues era allí, lejos del pueblo, donde debía librar la gran batalla de su vida, su carrera de actor. Había leído en alguna parte, quizá escrito por Jorge Luis Borges, que la felicidad -- y eso era el teatro para él--, no es una razón del ideal, ni siquiera del esfuerzo, sino de la imaginación y de la voluntad. "Nadie", seguía pensando Feliciano, "puede estar seguro de cómo debe comportarse ante las circunstancias que la vida nos presenta en los trances que siempre acarrea el futuro, que de nuestro arrojo, de nuestro talento dependen los resultados que vayamos obteniendo". Y estas reflexiones le daban sosiego y confianza en sí mismo, en sus posibilidades.

Madrid, donde sus padres le habían llevado alguna vez, le parecía una ciudad propicia para el cumplimiento de sus aspiraciones. Lo primero que hizo, tras buscarse una pensión próxima a la Puerta del Sol, fue visitar a un paisano que hacía algún tiempo quiso formar un grupo teatral de aficionados y con el que mantenía cierta relación epistolar. Pero tras celebrar el encuentro y cenar en una típica taberna que a Feliciano le pareció un pequeño escenario de la vida, quedaron en verse de nuevo a la mañana siguiente, ya con un plan de operaciones relacionadas con sus pretensiones. Acordaron desayunar en el Café Gijón y conocer su ambiente, procurando hacer algún contacto que les pudiera servir de orientación; aunque el amigo le advirtió que el proyecto que traía entre manos iba a resultar difícil de resolver a corto plazo y que no debían fiarse de nada ni de nadie, pues aquí, como en todas partes, cada cual iba a lo suyo y si te descuidabas podías salir trasquilado.

Tardó mucho en conciliar el sueño aquella noche. Feliciano era consciente de que su carrera de actor ya había comenzado, que ya no había marcha atrás. El ambiente de Madrid le pareció el más propicio para emprender su aventura, aunque su amigo no era tan optimista. Y tan grande era su nerviosismo que un cuarto de hora antes de lo acordado ya estaba en el Café Gijón. Entró con la timidez y la curiosidad de todo recién llegado a un lugar tan celebrado. Naturalmente, ni él conocía a nadie ni nadie le conocía a él, por lo que buscó una mesa en un lugar lo más discreto posible. Allí se sentó a esperar a su amigo y a observar a quienes entraban o salían del local. Recordó haber leído un libro de Francisco Umbral, *La noche que llegué al Café Gijón*, donde el autor escribió frases con o estas:

"La primera noche que entré en el Café Gijón puede que fuese una noche de sábado. Había humo y tertulias, un nudo de gente en pie, entre la barra y las mesas que no podía moverse en ninguna dirección, y algunas caras vagamente conocidas, famosas, populares, a las que en aquel momento no supe poner nombre". Ciertamente que ahora era por la mañana, pero el Café Gijón era el mismo y los mismos los deseos de Feliciano de conseguir sus propósitos, aunque tampoco, como a Umbral, nadie le conociera. Por otra parte, también los escritores, los autores teatrales, los actores, los pintores iban más tarde, casi siempre coincidiendo con el horario de los espectáculos.

Por cierto que el amigo llegó bastante desanimado. Durante la noche había hecho algunas gestiones por teléfono y los resultados fueron negativos.

-- "En estos momentos sobran actores y faltan empresarios. Tendrás que pensar en buscarte un empleo, de lo que sea, para ir ganándote la vida, o disponer de un dinero suficiente para pagar la pensión y todo lo que necesites. Yo estoy empleado en unos grandes almacenes y tal vez podría ayudarte en este sentido; pero pienso que tus deseos teatrales van a ser cosa de más tiempo. Aunque hemos de seguir adelante. La mayor parte de la gente que ves aquí están en nuestra situación, intentando dar un sablazo o que alguien los invite a un café. Siento decirte estas cosas, pero es la realidad, y no quiero que te hagas falsas ilusiones. Esto es demasiado duro y complicado. Luego vamos a ir a comer al Ateneo, para que conozcas otra de las instituciones más prestigiosas de Madrid, y, al fin, emplea la tarde para reflexionar sobre lo que creas que debes hacer. Es el precio que hemos de pagar porque nuestros sueños se puedan cumplir, la reválida imprescindible para entrar en la celebridad del teatro.

Lema: El Carro de Tespis